

EUCARISTÍA Y VIDA CRISTIANA, REFLEXIONES PARA HOY¹



Los siguientes apuntes no son un mini-tratado sintético de lo que es la eucaristía, pretenden simplemente apuntar algunas de sus dimensiones que creo importante subrayar, profundizar y reconstruir hoy en la celebración.

Si bien es verdad que la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II aportó una riqueza ingente en múltiples sentidos, es igualmente cierto que no terminamos de saber celebrar el misterio de nuestra fe como pueblo, de forma que exprese el sentido de nuestra vida y a la vez la llene de sentido.

Esto no se puede conseguir por una acción solo del que preside la liturgia o de los que poseen ministerios de servicio en la misma, como tampoco lo puede conseguir simplemente el fiel con buena voluntad y esfuerzo espiritual. La tarea de revivificar la liturgia es de toda la comunidad, a nadie se le dará hecha, todos tendrán que hacerla, para que finalmente la eucaristía nos identifique (nos dé una identidad) personal y comunitariamente como cristianos.



1. La eucaristía es una **CELEBRACIÓN**. Uno más de los ritos celebrativos que ocupan nuestra vida. Por tanto, en cuanto celebración nos recuerda una bendición que reconocemos, que nos alegra, y que podemos identificar viva entre nosotros. Como toda celebración puede renovarnos porque nos hace reconocer algo bueno y alegrarnos por ello, incluso, y quizá sobre todo, cuando nuestra vida esté herida por otras cosas. Esto significa que no es necesario celebrar en estado de exaltación permanente, pero sí de alegría por poder hacerlo. Siendo esta celebración la central de la vida cristiana es necesario preguntarse de continuo: ¿Qué celebramos en ella que es una bendición permanente pese a todos los problemas y sufrimientos de la vida, más aún, que es una bendición en medio de ellos?

2. La eucaristía es un **MEMORIAL**. A través de la escucha de la Palabra de Dios y de los gestos rituales se nos ofrece la actuación de Dios en la creación y en la historia a través de los siglos y cómo finalmente nos ha ofrecido todo su ser y sus bienes en la vida, muerte y resurrección de su Hijo. Esta actuación global nos envuelve en el rito como una parábola para que nosotros podamos aprender a situar nuestra vida en la verdad que nos salva. La eucaristía es así el lugar donde adquirimos la perspectiva de la verdad de Dios que nos acompaña desde los inicios, y de la verdad del ser humano salvado y conducido por Él hasta su plenitud.



¹ El texto pertenece a un capítulo de la Formación Permanente de la diócesis de Zamora del curso pastoral 2020-2021.



3. La eucaristía es **PRESENCIA** de Cristo entre nosotros, presencia de Dios ante nosotros, presencia del Espíritu en nosotros. Todo en ella, no solo la consagración, sucede habitado por Dios mismo. No es que Cristo venga a la eucaristía desde otro sitio y aterrice en el pan y en el vino transformándose en ellos o convirtiéndolos aisladamente en él mismo, sino que en ella Cristo expresa “en palabras y gestos” lo que fue y es eternamente. Se expresa como don de Dios que nos hace partícipes de su misma vida de amor, haciéndolo actual para nosotros que lo celebramos, porque él mismo es actualidad permanente de la palabra dirigida a todos, de su vida ofrecida por todos. Hemos de hablar pues de presencia en las especies eucarísticas (de transustanciación de las mismas, pero también transustanciación de la palabra proclamada, y de la necesaria y progresiva transustanciación del cuerpo eclesial que celebra (“Conviértete en lo que recibes”, decía san Agustín).

4. Por ser presencia, la eucaristía es un **ENCUENTRO**. Y por eso requiere atención, predisposición, disponibilidad para la relación con Dios. No basta saber que ahí pasa algo sagrado, es necesario que el que participa sepa y acepte que ahí Dios/Cristo le sale al encuentro y le llama. Y que como Abraham, Moisés, Samuel, Isaías, María o Cristo mismo diga: *¡Hineni!*, *¡aquí estoy!*, preparándose para un diálogo confiado y obediente de vida. No basta pues la voluntad de “ir a misa”, es necesaria la voluntad de convertir la misa en un encuentro de vida, más allá de que a veces este encuentro sea monótono, seco, distante o incluso tenso.



5. La eucaristía es lugar de **UNIFICACIÓN** de la vida. En ella toda nuestra vida, con sus anhelos y sus decepciones, con sus logros y sus fracasos, con sus alegrías y sufrimientos es acogida en el altar por Cristo mismo para unirla y transformarla en su propio cuerpo. De esta forma lo que al mirarnos a nosotros mismos a veces nos parece una vida pobre, dispersa, descentrada, perdida es acogida por él en su mismo cuerpo para ser renovada, adquirir sentido y belleza, orientación y finalidad, esto es, para participar filialmente de la gloria del amor de Dios.



6. Además, la eucaristía es el espacio de la **COMUNIÓN**. Al ser atraídos por la palabra de Dios proclamada y acogidos luego en el altar por su Hijo, todos los que participamos en ella, somos vinculados a un mismo cuerpo, el de Cristo. La eucaristía nos hace a todos uno con Cristo en quien fuimos creados y nos obliga a una comunión donde nadie sobre y nadie falte, donde nadie esté en necesidad de bienes o afectos (1 Cor 10, 17). Por esto, porque la eucaristía es lugar de unificación y comunión, comulgar no es simplemente un acto individual de un momento puntual que uno puede hacer si no ha pecado mucho, sino un acontecimiento a través del cual Cristo nos va uniendo a él y a los demás, nos va haciendo hijos de Dios y hermanos entre nosotros.

7. En la eucaristía la comunidad se convierte junto a Cristo en **ALABANZA** de la gloria de Dios (Ef 1, 6.14). Alabamos celebrando que Dios nos ha dado todo lo que tenía, a su Hijo, como lugar para que nuestra vida se injerte en él y podamos vivir con esperanza frente a los poderes del mal y la muerte. Por eso antes que un lugar de petición la eucaristía es un lugar de alabanza y acción de gracias, incluso cuando sentimos que nuestra vida está incompleta o perdida como la de Cristo en la cruz. Este es el sentido por el que se invita a todo el pueblo de Dios a no dejar nunca de expresar en viva voz, y si es posible con cantos, el *aleluya* cuando se va a proclamar un evangelio que sabemos que nos salva, el *santo* después de escuchar en el prefacio lo que Dios ha hecho por nosotros, y el *amén* de la doxología que nos sitúa en el interior del misterio eterno del amor de Dios. Cristo se une a nosotros y nos invita a dar gracias incluso cuando tenemos delante la muerte, como hizo él mismo en la cena de despedida, porque en la eucaristía celebramos que nada nos puede separar del amor de Dios.



8. En la eucaristía los creyentes se contagian del deseo de Dios que quiere “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de su amor por ellos” (1 Tim 2, 1-6), y expresan este deseo en forma de **INTERCESIÓN**. Uniéndose a la oración de Cristo que quiere que todos sean uno en el reino de Dios que anuncia (“reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz”), no deja fuera de la celebración “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de su tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren” (GS 1), haciéndolos suyos porque Cristo las asumió en su propia humanidad (Mt 25, 31-47). Pero antes el creyente debe situarse ante Dios en actitud de obediencia para que venga ese Reino (“hágase tu voluntad”, decimos), para que su plegaria por los demás no se convierta en palabras de apariencia espiritual con las que sin embargo se lava las manos. Dentro de la plegaria eucarística, con fórmulas estandarizadas, y en la oración de los fieles, concretando las peticiones, la Iglesia levanta su oración por todos pidiendo al Señor que actúe y ofreciéndose a colaborar con esa actuación.

9. La **HOSPITALIDAD** es una dimensión transversal de la eucaristía, porque en ella todos deben sentirse acogidos. La eucaristía manifiesta sacramentalmente la mesa abierta del corazón de Dios para todos sus hijos. Por tanto, la celebración debe hacer sentir que uno llega a casa, que vuelve a casa encontrando un sitio que Dios le tiene reservado y que nunca pierde. Y las formas nunca deben contradecir esta verdad. Por eso la celebración debe tener una cierta comodidad física (para encontrarse, sentarse, oír...); debe presidirse con palabras naturales, cercanas y gratas tanto en sus contenidos como en su pronunciación; sus gestos deben expresar el movimiento celebrativo de todos y no solo del sacerdote o de un grupo de iniciados; su ritmo debe hacer que la asamblea



pueda participar con sus palabras y sus gestos de forma natural y no al ritmo marcial de quien la preside; sus cantos deben acoger la voz y la vida de todos, y ayudar a abrirse a la presencia acogedora de Dios; y cada uno debe hacer sentir al que tiene a su lado en nombre de Dios que le alegra que esté ahí. Y por último, que no todos puedan participar en la comunión sacramental, no significa que la eucaristía no esté abierta a todos.

10. Finalmente, la eucaristía debe reflejar la **BELLEZA** del amor de Dios. Todo debe hacer sentir que la Iglesia se ha convertido en la novia del Cordero. Y no se puede despojar a la asamblea de la belleza que le da su Señor como si solo importara la belleza del novio, porque esto es lo contrario de la pretensión de Cristo. La Eucaristía no debe reflejar los gustos estéticos (ni siquiera teológicos) del cura, sino que debe hacerse expresión de la presencia embellecedora de Dios sobre los corazones, los rostros, las relaciones... Donde todos, sorprendidos por el amor de Dios, expresen este encuentro de la forma más hermosa que puedan: en adornos externos, en oraciones vivas y unificantes, en silencios que llamen a la unidad íntima y en cantos que expresen la súplica o la alegría y la paz recibidas, en gestos relacionales donde aparezca el lado más hermoso de nuestra mirada (el saludo al llegar, el tacto de la paz...). Solo así el Señor será “el más bello de los hombres” en su cuerpo eclesial y no un simple exhibicionista o un pobre diablo en el cuerpo de su ministro ordenado.



IMÁGENES: Julie Lonneman / 1. Berna López / 3. Michel Torevel / 3 Arcabas / 4. Ladislav Zaborsk / 5. Julie Lonbneman / 6. Sieder Köder / 7. Mike Moyers / 8. Hna Francis OSA / 9.Sieder Löder / 10. Aidan’s Artist / Berna López.

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN Y LA AUTOEVALUACIÓN

Isaías 25, 6-8

Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera; manjares exquisitos, vinos refinados. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el lienzo extendido sobre todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros, y alejará del país el oprobio de su pueblo -lo ha dicho el Señor-. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios. Esperábamos en él y nos ha salvado. Este es el Señor en quien esperamos. Celebremos y gocemos con su salvación»

1Corintios 11, 20-26

He oído que cuando se reúne vuestra asamblea hay divisiones entre vosotros [...] Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho. ¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen? ¿Qué queréis que os diga? ¿Qué os alabe? En esto no os alabo. Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva. De modo que quien coma del pan y beba del cáliz del Señor indignamente, está bajo el juicio del cuerpo y de la sangre entregada del Señor. Así, pues, que cada cual se examine.

***Laudato si'*, 236**

En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: «¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo». La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo». Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado.

Pequeño test para la autovaloración de la participación personal en la eucaristía

- ¿Me siento en casa en la celebración? ¿Siento que lo que se celebra tiene que ver conmigo?
- ¿A lo largo de la eucaristía me dirijo personalmente a Dios con los ritos y las palabras de la celebración?
- ¿Salgo habitualmente de la eucaristía con esperanza y fortaleza para afrontar mi vida?
- ¿Al celebrar la eucaristía me siento acogido y acompañado por Dios?
- ¿Siento que Dios me habla personalmente cuando escucho las lecturas bíblicas?
- ¿Siento que los otros que celebran a mi lado forman parte de mi vida?, ¿me siento parte de la suya?
- ¿Percibo que el mundo entero con sus problemas y sus esperanzas está de alguna manera presente en la eucaristía? ¿Me doy cuenta de lo que se pide en la oración de los fieles?, ¿hago más las peticiones?
- ¿Siento que la eucaristía refuerza las energías de la misericordia, la solidaridad y el perdón en mí?
- ¿Te planteas alguna vez (seas sacerdote, religioso o laico) cómo mejorar tu participación-implicación en la eucaristía o das por hecho que 'así está bien'?



Preguntas para la reflexión común

1. ¿Cuál o cuáles de los diez aspectos te parece más importante subrayar actualmente porque está más olvidado, porque está más maltratado o porque está peor realizado?
2. ¿En cuál o cuáles de estos aspectos crees que ha mejorado la celebración de la eucaristía en los últimos veinte años?
3. A la vista de esta reflexión, ¿qué elementos deberían ser cambiados, reforzados o adquiridos por los que presiden la eucaristía *in persona Christi capitis*, y cuáles deberían ser cambiados, reforzados o adquiridos por los que la celebran como pueblo de Dios, *in persona Christi corporis*? ¿Qué propondrías para ello?